

Cuando el futuro es ayer

Por Tomás Guendelman Bedrack



Tomás Guendelman Bedrack, Ingeniero Civil de la Universidad de Chile y Master of Sciences de la Universidad de Berkeley, es profesor titular de la Universidad de Chile, de Santiago y Universidad Mayor. Es Past President de la Asociación Chilena de Sismología e Ingeniería Antisísmica, (ACHISINA) y Presidente de IEC Ingeniería S.A.

Es frecuente encontrar frases metafóricas, de alto contenido emocional, que nos estimulan a realizar las tareas que tenemos previstas para un futuro, cercano o lejano. Entre ellas destaco “el futuro es hoy”, enunciada muchas veces, por muy distintas personas, o “ahora mismo”, como decía un cartel puesto en la cabecera de la cama de mi querido ex compañero Enrique Tirapegui, a fines de los '50. Sin embargo, raras veces se apunta al pasado, salvo en el pensamiento de algunas culturas originarias, como los Aymaras, que decían que el futuro es el pasado, pues es lo único que podemos ver y sentir. Me atrevo ahora a compartir esta postura enunciando que para mí, al menos en algunos aspectos, el futuro es ayer. Nótese que las tres posibilidades de ubicar el “futuro” en relación con el “ayer” son temporalmente incorrectas: fue ayer; es ayer o será ayer. De las tres me quedo con la segunda, aunque no me extrañaría que alguien pensara que me estoy volviendo loco -lo que tal vez sea cierto- pero ello es marginal y ni siquiera complementario a lo que pretendo abordar en esta columna.

Como habrán podido apreciar, la mayoría de mis artículos se remontan al pasado, generalmente vinculados a entrañables familiares, amigos, colegas, alumnos y profesores. Ellos son mi capital y mi equipaje, del que de vez en cuando saco una prenda, la limpio, la expongo, la vuelvo a limpiar y finalmente la guardo en su mismo sitio. Por un rato, el que media entre una y otra edición de esta revista, recobra vida y se hace actual. El ayer se convierte en hoy, casi por arte de magia.

En el marco de este panorama, quiero ilustrar mi sugerencia mediante el relato de tres casos puntuales que me han traído el pasado al presente, pero como el presente deja de serlo en forma instantánea, es también pasado. Lo que quedará plasmado en este artículo es el pasado transformado en futuro, pensando en el instante en que esta nueva edición de la Revista salga a circulación.

1. Sexto F, Instituto Nacional, 1956

Hacia fines de julio pasado, camino a Rapel, nos detuvimos a almorzar en un restaurante situado en las proximidades de Melipilla. Viajaba con mi mujer y los dos nietos mayores. Cuando ingresábamos al local, coincidimos con la salida de un señor, de aproximadamente mi edad, que se disponía a pagar su cuenta. Lo reconocí de inmediato, pero en ese momento no recordé su nombre. Lo saludé con familiaridad y le dije:

- ¿Te acuerdas de mí?

- Por cierto – respondió –, pero no de tu nombre.

- Guendelman, Tomás Guendelman –le contesté, al más puro estilo “James Bond”.

-Sexto F, Instituto Nacional, 1956 –afirmó.

-Exactamente –repliqué –, pero ahora dame tu nombre, porque yo también lo tengo borrado.

- Marchant, Gonzalo Marchant – respondió, copiando estilo y sentido del humor.

-“Semilla de Maldad” - le dije, haciendo referencia a lo que súbitamente me volvió a la mente, después de 50 años, cuando ingresó al Instituto proveniente de la Escuela Militar.

Ya en esos años era enorme. Medía unos quince centímetros más que el más alto del curso, poseía una sonrisa fácil, con incisivos prominentes que rebasaban su labio inferior, y usaba chaquetas amarillas, corbatas multicolores floreadas, pantalones vaqueros y, en general, muchas prendas propias del estilo de James Dean, el ídolo juvenil de aquella época y que, de paso, pueden haber influido en su abrupta salida del establecimiento educacional castrense, no particularmente adicto a tales extravagancias, menos aún en la época en que se centra este relato...

“Raras veces se apunta al pasado, salvo en el pensamiento de algunas culturas originarias, como los Aymaras, que decían que el futuro es el pasado, pues es lo único que podemos ver y sentir”

Conversamos más de media hora y extrajimos de nuestros baúles individuales muchos recuerdos y momentos que estaban en hibernación por más de medio siglo. Por momentos sentí la magia de un muñeco que al sacarlo de un baúl, recobra vida, como tocado por una varita mágica.

Uno a uno fueron apareciendo profesores como Alberto Zapata; el “perro” Guzmán; “el negro” Santander; don Clemente Canales Toro, padre de nuestro muy querido colega Mario Canales; “Fosforito”; Percy; el Rector, don Luis Oyarzún Lorca, quien se instalaba en el acceso principal del colegio, nos miraba de arriba hacia abajo, para decirnos, en un ensamble de su calidad de autoridad y profesor de Inglés: *“Clean your shoes every day and don’t be late”*. Estos, y tantos otros, eran de aquellos que denominamos “Pedagogos con mayúscula”. De igual modo salieron a escena, en forma vívida y con el mismo rostro de hace 50 años, compañeros como Humberto Jeria, Claudio Iturra, León Pilowsky, Hernán Norambuena, Jaime Acherman, José Monasterio, Jorge Carroza, Ramón Fuentes, Alberto Sepúlveda y tantos otros, a quienes, en su gran mayoría, no he vuelto a ver.

¿Tengo derecho entonces a decir que, en este caso, “el futuro es ayer”?

Creo que sí.

2. Hogar de Ancianos, Santiago, 1985

Luego del terremoto de marzo de 1985, debí abocarme al estudio de diversas edificaciones que habían sufrido daños. Entre otras, y tal vez de menor importancia relativa a su envergadura, la reparación de una antigua propiedad en Santiago, ubicada en la calle Santo Domingo, próxima a Matucana, que constituía el hogar de ancianos de una comunidad de origen alemán, construida alrededor de 1950. Me invitaron a efectuar esta visita y me atendieron con un almuerzo muy sencillo y sano, sin alardes, excepto los relacionados con la pulcritud, la higiene y el orden. El Director del establecimiento, un señor de aproximadamente sesenta años, me reveló que todos los ancianos que vivían en el lugar eran personas que habían llegado al país escapando de la Segunda Guerra Mundial, algunos un poco antes y otros después, premunidos de un nivel cultural y de una educación que les permitió comprender que el éxito de su inserción en el país pasaba, necesariamente, por aprender el castellano. En efecto, todos, sin excepción, lograron su propósito en tiempos razonables, y lo único que demostraba que ésta no era su lengua materna, era la pronunciación, tan difícil de configurar. En esa forma vivieron su edad adulta en Chile. En general tuvieron éxito, hasta que, llegada una edad en que la autovalencia se hacía más complicada, ingresaron a este nuevo Hogar, con sus capacidades aún vigentes.

Con el paso del tiempo el lenguaje adquirido se fue dete-

riorando y, en un lapso breve, sólo les quedó, de nuevo, su alemán materno. En esa ocasión el Director me señaló que su madre, que vivía desde hacía diez años en el lugar, hablaba sólo alemán, y me dijo: “Ella estudió con mucho empeño el Castellano, pensando que sería su único lenguaje del futuro y sin darse cuenta volvió al pasado”.

El edificio se reparó, en forma rigurosa, pero poco después, fue vendido a una empresa inmobiliaria sin que quedara el menor vestigio de lo que cobijó por medio siglo. Hoy se encuentra su “versión 2” en la zona oriente de Santiago, a otros costos y con diferentes condiciones de convivencia. Los ancianos del ’85 cedieron su lugar a sus hijos, nuevos moradores y si alguno de ellos se identifica con este relato, habrá traído, sin duda alguna, el pasado al futuro.

3. Steve Jobs, Stanford, 2005

Steve Jobs, en su brillante conferencia en Stanford, cuya versión en Internet recomendé en el número pasado de la Revista, narra tres historias que constituyen los hilos conductores de su existencia y consecuente éxito. La primera de ellas se denomina “Conectando Puntos” y se refiere a la búsqueda de su destino, luego de 6 meses en la universidad. En esta narración relata que a los diecisiete años, cuando ingresó a Stanford, se sentía incapaz de determinar lo que quería hacer con su vida y que mirar hacia atrás fue una de las mejores decisiones que tomó. Abandonó sus estudios formales y se matriculó sólo en cursos que le interesaban. No más clases obligatorias.

En ese deambular descubrió que en el Reed College se ofrecía quizás la mejor instrucción en caligrafía del país y decidió tomar una clase en esa asignatura. Aprendió de caracteres, “fonts”, espaciamiento, y en general, de todo lo que conduce a lograr los efectos de la gran tipografía, tema que le resultaba apasionante. No cifraba esperanzas de alcanzar logros de manifiesta aplicación práctica en su vida, pero diez años después, cuando estaba diseñando la primera computadora Macintosh, todo tuvo sentido para él.

Lo que sigue es muy conocido: Jobs formó un imperio, que luego vendió y que más adelante volvió a sus manos, cuando la nueva empresa que formó compró las acciones de la primera. Dice que habría sido imposible conectar los puntos mirando hacia el futuro, pero que todo había sido muy claro mirando hacia el pasado, diez años después.

Sintetiza su reflexión diciendo: “Tienen que confiar en algo: su instinto, su destino, su vida, su karma, lo que sea. Nunca se sentirán decepcionados. Es eso lo que ha hecho la diferencia en mi vida”.